

De muy léjos famélicas atisban
Y caense de repeso? ¿Qué más fiesta
Para cebar su desainado vientre
Y la bolsa embutir con la moneda
Que adquirió mi sudor y mi trabajo
Y mis hijos reclaman?—¿El que pierda?
Pues páguelo despues el que perdiere.—
Entiendo; su trabajo, y las dietas....
Quien mandó trabajar, ése las pague.—
¿No me incumbe y es mio?—Calla, lengua.—
¿En mi casa abrigar un delincuente!
Calumnia.—¿Muy verdad? ¡Legal blasfemia!
¿Sabes acaso quién oculto? ¿Sabes
Si oído fué, si recayó sentencia
De competente juez?—Si nada, nada,
¿Por qué llamarle criminal? ¡Deberías
La opinion respetar del ciudadano,
En tanto que la ley no le condena.—
¿Con qué, á la cárcel? ¡Arrancarle fiero!
Su libertad! ¡Cargarle de cadenas!
No es eso, no, seguridad; castigo
Intimas, y tal vez á la inocencia.
¿Qué más, qué más con un convicto reo
Podrás hacer?—No basta, no; sospechas
No son delito; donde no hay delito
Castigo no se da por consecuencia.—
Yo no me opongo, la verdad se opondrá.—
¿Que lo dicen los códigos? Espera.

(Vase, y vuelve con códigos legales de á folio, sacudiéndoles el polvo. Entre tanto el juez se pasea.)

Si bien, oh Juez, colérico te agitas
Con la tenaz oposicion que encuentras,
No creo que termine la venganza
Lo que el derecho y la razon empieza.
Si sucediere así, sabe que jueces
Hay para el juez que su camino pierda.
Contra verdad, ¿qué réplica? en tu mano
Los códigos están que nos gobiernan;
Cuando las leyes soberanas hablan,
Con sumision el súbdito enmudezca.—
¿Interpretarlas tú! ¡tú! ¿pues ignoras
Que sólo quien las dió las interpreta?—
¿Te atreves á negarlo todavía?
Escucha: supongamos que así sea;
Veremos cómo sales. Abro el libro:
Esta ley que á mis ojos se presenta,
No es fácil de entender; aunque no creo
Que fuerza ni vigor de ley obtenga
Lo que con nombre tal guardar se manda.—
Si no sé lo que manda, lo que veda,
¿Qué tengo de observar? ¿Cómo es posible
Que, ciego estando, los objetos vea?
Y aunque mi vista zahorí se nombre,
Sin luz....—¿Ya, ya por esto se interpretan!
¿Y quiénes?—¿Los caudillos?—¿Y cuáles
Merecen tan honrosa preeminencia?
¿Los que en sanchez estúpida rebosan,
Más pagados de sí que un tiempo Aténas
Lo fuera con Solon, y con Licurgo
La paciente Laconia? ¿Los que inciensan
Con sus elogios el voluble pueblo,
Y en gárrula farándula campear?
¿Los que con ella al infeliz embáucan,
Y con su ruina lamentable medran?—
Y si aquellos que el público renombre
Distingue de la rábula caterva,
Encontrados están en opiniones
Sobre la genuina inteligencia
De una ley, ¿á cuál, di, nos atenderemos?—
¿Lo que mejor nuestra razon aprecia?
Otra opinion: ¿y si otro la repugna,
Imaginando ser mejor la opuesta?
Acabóse la ley en este caso.
En su lugar las opiniones entran,
Arbitrarias de suyo, variables....
¿En dónde, entónces, la segura regla
Tendremos? Que sin este requisito
Las leyes nada son: sin él, eterna
La estrepitosa contencion sería,
Y todos camináramos á ciegas.
Vengamos al propósito indicado

De aquellos que su espíritu comentan,
De aquellos que, tenidos en valía,
En opinion y autoridad descuellan,
El saber á los suyos repartiendo,
Como Febo la luz á sus estrellas.
Cuando el sentido de las leyes fijan
Y resuelven no más por sus ideas,
Cuando le adopta el leguleyo incauto
De sus pobres clientes en defensa,
Y á su tenor el magistrado falla,
Condenando, absolviendo.... ¿quién condena?
¿Quién absuelve? ¿La ley? Ni meditada,
Ni vista fué por la faraute secta.—
Ese, el comentador, tú lo dijiste;
Ese á legislador ó juez se eleva;
A ley su decision, tal vez contraria
A lo que el texto literal enseña;
Ese la grave majestad usurpa,
Y vosotros correis á su bandera.
De aquí el perpétuo cavilar, enredos,
Fraudes y zancadillas leguleyas.
Las causas ya no son lo que al principio;
El punto capital dormido queda;
Absórbese el proceso un incidente
Que con astucia pérvida atraviesan.
El abrumante cúmulo sócorre
De fórmulas; en fórmulas tropiezan
Los rivales; en fórmulas se aplanan;
En intrincadas fórmulas se enredan.
Si en laberinto igual Tesco entrase,
No le sacáras, Ariadna bella.
Escribe, escribe, escribe el abogado,
Charla sin modo, su pulmon esfuerza;
El sitial removido se estremece,
El aire viene y va, que manotea;
Retumban los salones espaciosos,
Y el foro con estrépito resuena.
La enormidad se tasa del proceso,
Y los derechos su cerviz enhiestan (1).
Sobre vencido y vencedor al punto,
Cayendo en escuadron, la chusma cierra.
Por todas partes los embiste, y abre
En su bolsillo despiadada brecha;
Salta, se dan á discrecion.... saqueo;
Cástralos, y castrados los desuello.
Y al ver que en un instante se quedaron
De su largo afanar sin la cosecha,
Y de sus hijos el amado enjambre
Cubrirse de nudez y de miseria;
De sí mismos, del pleito, jueces, leyes,
Curia, curiales, defensor, reniegan.—
Si ambigua, al que la dió compete sólo
Aclararla. Supon que tus ideas
La tenebrosa confusion ensueve;
¿A quién se pedirá que desenvuelva
De tus palabras el sentido?—Cierzo,
A tí no más.—Si al procomun adversa,
Abolirla y al fuego; si concisa,
Extiéndala; cercénela, si extensa;
Y si en choque fatal está con otras,
Haga que todas entre sí convengan;
Que todas estrechándose, hermanadas,
Mutuamente se animen y protejan.—
Con encendidas lágrimas escucho
Tu sabio razonar; ¡mala vergüenza!
Dices bien, que tan bárbara ignorancia,
En asunto que á todos interesa,
Domine al español entendimiento!
Aquí, por lo comun, como una bestia
Se nace y muere; lo que llaman vulgo,
Envuelto en idiotéz, ni ve ni piensa.
Si vas uno por uno preguntando
Qué es sociedad, y qué lugar en ella
Ocupa, sus derechos y deberes,
Lo que hacer, evitar la ley ordena....
Hasta los nombres causarán espanto;
Empero las ridiculas leyendas
De vestigios y mágicos portentos,
Espectros terroríficos, horrendas

(1) Variante:
Y los derechos hácense mil piezas.

Visiones, milagrosas vaciedades,
Supersticion, agüeros y consejas,
Que en el cándido albor de su mañana,
Con ávidos anhelos aprendieran,
Con el mismo calor, el mismo asombro
Cien veces lo dirán; con la sorpresa
Que su infantil espíritu agítara,
Sin discrepar un ápice siquiera,
Cien veces volverán á decorarlo.
Tal es ¡oh juez! la educacion primera;
¿Qué será de esperar en adelante?
Que se arraigue el error y las tinieblas,
Grosero error, estupidez.... aciago
Origen ¡ay! de las desgracias nuestras.—
Si, tambien á los padres y á tí culpó,
Por más que el gesto furibundo tuerzas.—
Repito que observar es imposible
La ley de que jamas tuvimos ciencia.—
¿Cómo puede obligar lo que se ignora?—
¿En qué parte residen las escuelas,
En donde, con sollicito cuidado,
Sus derechos los jóvenes aprendan?—
No por otra razon en la milicia,
Al infeliz soldado que procesan,
Como por punto primordial preguntan,
Antes que cargos á formar procedan:
«¿Te fué, dime, leída la ordenanza?
¿Sabes tu obligacion? ¿Sabes las penas
Que sin excusa al infractor imponen?...»
¡Oh! ¿qué disposicion tan justa y cuerda,
Que á todas clases comprender debia!
Los delitos entónces no se vieran
Que la ignorancia da. ¿Por cuál desgracia
Estos de aquéllos sin razon discrepan?—
A cada paso innúmeros encuentro
Con canas blanqueada la cabeza,
Y con arrugas el semblante arado,
Sin que ¡oh dolor! el silabario sepan.—
¿Fácil? Tanto peor si no lo saben.—
¿Y cómo digerir tan indigesta
Mole de leyes, retener....? ¿Qué digo
De retener y digerir? Leerlas
Tan solamente.... ni lograrlo pueden
Los que el gran arte de embrollar profesan,
Y en los embrollos su pitanza libran,
Honores, ademans, y conveniencias.—
Desde el instante mismo que los hombres
De su letargo vergonzoso vuelvan,
Abogacia, abur; abur, letrados.—
Jamás oí tan frívola respuesta.—
Si con derecho, por ser juez, te juzgas
Para insultar impune, ¡cómo yerras!— (1);
A tí te digo que la ley quebrantas,
Cuando porñas, necio, que la observas.
Atenido á su espíritu, persigues
Al vil insultador, y el anatema
De la justicia con desnuda espada,
Sin admitir apelacion, le asestas.
Y tú, que en nombre suyo la ministras,
¿Por qué no te fulminas la sentencia
Que, en igual caso, á los demas aplicas?
¡Insultarme tú á mí!.... ¡Tal insolencia
En un juez! ¡Ah! por vida de Sincero,
Que de ninguno toleró la mangua....
Si tienes más que preguntar, prosigue;
Clara y sencilla tu pregunta sea:
Ni tortuosa, ni capciosa admito,
Ni admito las espléndidas ofertas,
Ni la velada seduccion, que alevés
A perder al encanto se enderezan
Con nombre de piedad y de justicia.
Tal idioma con razon desecha
La angusta majestad de nuestras leyes.—
Verdad es que oculto aquí se encierra
Uno que vino mi favor buscando.
Mi compasion al verle se despliega,
Ofrezco mi casa generoso,
Y mi cariño su temor aleja;

(1) Variante:
Si porque eres un juez, autorizado
Te crees para insultar, ¡oh!, cómo yerras!

II. P. S. XVIII.

Implora proteccion, con mano amiga (2)
Mi proteccion le doy.— Fuera vileza
Entregarle; jamas: de mi palabra
Fiado, se calmó. ¿Tú mismo hicieras
Lo que de mí pretendes? No lo creo,
Si sentimiento de honradez conservas,
Y si de un semejante las desgracias
Ese tu hidalgo corazon penetran.—
Yo no le entrego; fué retado; admite,
Porque su honor y la opinion le empeñan;
Porque las leyes su vigor perdieron.—
Y sin educacion, ¿de qué aprovechan
Las leyes? Estas por aquélla viven.—
¿Al revés? Me parece que no aciertas
Cuando así fallas.— Con valor constante
Los males sufriré que sobrevengan.—
¿Amenazarme tú? Las amenazas,
¿Con qué aprobada facultad empleas?
¿Qué ley te manda? Muéstrala; ninguna.
Muy al contrario, con rigor lo vedan.—
¿Como particular? ¿A qué viniste?
¿Quién te otorgará, para entrar, licencia?
¿Y quién la libertad de amenazarme
En mi casa? Sincero te respeta
Mientras ¡oh juez! el ministerio angusto
De hacer justicia segun ley ejerzas;
Como particular no te conozco.—
¿El escribano? Cuando gustes, venga. (Se despide.)
¿Qué desabrido juez, y qué desgracia
Que la espléndida toga se oscurezca
Con el tétrico humor del que la viste!
Verdad es que no todos se asemejan.

ÓPERAS.

I.

UN CASAMIENTO.

ÓPERA EN UN ACTO.

PERSONAS.

MATILDE.	TRIFON.
PAULINA.	GUZMAN.

ESCENA PRIMERA.

La escena se figura en la casa-palacio de Matilde.

MATILDE.

(Se pasea en silencio, esperando á su mayordomo, y dice al verte, pero sin presentarse en el teatro.)

MATILDE.

Entrad, no se detenga
El mayordomo mio.
Orden: así que venga
Guzman, se cuidará de que no salga.
Y si, para burlar á mí albedrío,
A la amenaza ó súplica acudiere,
Ni amenaza ni súplica le valga.
La fuerza con la fuerza,
Si necesario fuere,
Repélase; yo quiero
Que nadie, nadie mi decreto tuerza.
¿Estais? tambien os mando
Que en dia tan feliz y placentero
El innúmero bando
De todos mis sirvientes,
Doncellas, dependientes,
De gala se atavien.
Con majestad pomposa;

(2) Variante:
Y le consuelo en su fortuna aviesa,
Alejo su tenor; con mano amiga

Adórnese el palacio,
Porque hoy, así lo anunciaréis, se esposa
El sin igual Trifon con mi Paulina,
Y así mi voluntad lo determina.

(Como que se va el mayordomo.)

Veremos cuál el Noble de estos días
Con su triunfante acero
Resiste altivo las empresas mías. (Canta.)

A tus lides,
A tus glorias y victorias,
Mis ardidés
Y mi esfuerzo fatal rendirán;
Tus enojos
Y tu espada no domada
Los despojos
De mis plantas en breve serán.
De Paulina
Bien que implores los amores,
Triste ruina
Ella y ellos por mí sentirán.

ESCENA II.

MATILDE, TRIFON.

MATILDE.

Las órdenes se dieron;
Y ese Noble del día
Verá la diferencia
Que va de su ascendencia
A la progeñie mía.

Los que sus padres son, los míos fueron.
¡Cómo voy á gozar regocijada
De su insolente vanidad ajada!
¡Atreverse el insano
De la hija del Duque de Corinto
A pretender la mano!
El pensarlo no más de horror me llena
Y mi grandiosa celsitud ofende,
Ofende mi adorable jerarquía....
Pague el procaz la merecida pena
Que le prepara la venganza mía.

TRIFON.

Y la mía también á par enciende
Su temerario arrojó.
Si por el dios guerrero
Fué tu espada mortífera impelida,
Destrozada y vencida
Por mi valiente acero
Será; será despojo
Y trofeo á tus plantas de tu enojo,
Y la víctima humilde.
Si Marte es la deidad en quien confía,
Mayor es mi deidad, la gran Matilde.

MATILDE.

Ya conozco, Trifon, que por tus venas
Hierve la sangre mía.

TRIFON.

Del que se llama de Paulina primo,
Duque, columna y esplendor de Atenas.

MATILDE.

Por eso mi cariño te destina
Para ser el esposo de Paulina.

TRIFON.

Dechado de belleza, por quien gimo
Hasta lograr su mano.

MATILDE.

Dentro ya de brevísimos momentos
Tendrás, por mí lo juro,
Su dulce posesion y señorío;
Y gozoso verás, verás seguro,
El suspirado fin de tus tormentos.

TRIFON.

¡Ah! si Guzman ufano
Su tierno corazón no cautivara!

MATILDE.

¡Y qué! ¡Mi poderío
Tan poco vale? ¡Qué! ¡Tan presto olvidas

Lo que soy? Si te ampara
Matilde, ¿por qué, tímido, recelas?
¡Qué más, qué más anhelas?
Expónmelo, declara....

TRIFON.

No más.

MATILDE.

Pues yo te mando,
Si deseas gozar de mis favores,
Que tus desconfianzas y temores,
Que sin razon anidas,
Y mi orgullo ultrajando
Y mi poder están, Trifon, despidas.

TRIFON.

Perdóname: de tí por un instante
Olvídeme; ¡oh dolor! de pena muero,
En mi Paulina y en su amor pensando.

MATILDE.

Pues Matilde es primero,
Primero que tu amor y que tu amante.
Por esta vez tan desleal ofensa
Munifica perdono.
Ahora sólo en tu fortuna piensa,
Ahora en complacer agradecido
A mi terrible encono.
Si ese loco atrevido
Que, con necia altivez, el claro lustre
Ofuscar intentó de mi grandeza,
A mis pies humillado
No demanda perdon....

TRIFON.

A mi cuidado,
A mi pujanza tan glorioso empeño
Resérvase por tí; por tí lo juro,
Que me das de Paulina ser el dueño,
Y á todos me prefieres.

MATILDE.

Probarás mi rigor si no lo hicieres.

TRIFON. (Canta.)

El ardor de aquesta espada,
Por mi brazo manejada,
Hará que humilde
A Matilde
Guzman doble la cerviz.
La grandeza de la tierra,
Dirá, toda en vos se encierra;
Y dirá humilde:
Sin Matilde
Nadie puede ser feliz.
Nadie feliz
Sin Matilde,
Dirá humilde,
Cuando, cuando por mi espada
Doble, doble la cerviz.

MATILDE.

Mas Paulina allí viene.
Parte, vuelve despues. Hablarla á solas
Por mi decoro, por tu bien conviene.

ESCENA III.

MATILDE, PAULINA.

MATILDE.

Este plausible día,
Por mí tan deseado,
Mudanza de costumbres y deseos
Requiere. ¡Fuera ya los devaneos!

PAULINA.

¡Cuáles son, madre mía?

MATILDE.

Con ese nuevo estado
Que á tomar vas ahora,
Felizmente de hija á madre pasas,
De súbdita á señora.
Hija fui, como tú; las distracciones
Mi juvenil espíritu movieran,
Y prender corazones,

MATILDE.

¡Oh Guzman! Ya conozco tu doctrina,
Si con un Noble nuevo
Mi estirpe se entrelaza, ¿qué te debo,
Oh bárbaro destino?

PAULINA.

De otro igual, madre mía,
Nuestro linaje y esplendor provino.

MATILDE.

¡Oh Guzman! ¡Oh Guzman! Ya lo temía!
¡Y sin el maternal consentimiento!

PAULINA.

Aun no es llegado el día.

MATILDE.

¡Sin elegirle yo!

PAULINA.

¡Vos! A mí toca.

MATILDE.

Soy tu madre, tu madre soberana,

PAULINA.

Mi madre, no tirana.

¡Y si yo no consiento?

MATILDE.

Te obligaré.

PAULINA.

No puedes; que no es tuyo
Mi corazón, ni tuyo mi albedrío.
Tuyo el consejo; lo demás es mío.

MATILDE.

¡Oh Guzman! Tú me abates.

PAULINA.

¿Qué dices?

MATILDE.

Que jamas, jamas le trates,
Le veas, ni repugnes obstinada
Mi suma voluntad y mis furoros.
A Trifon, olvidada
De Guzman, los amores,
A tu esposo Trifon de hoy más aplica....

PAULINA.

Mi madre á su furor me sacrifica....
Héme tu vil desecho.

MATILDE.

Tu mano.... es.... de Trifon.

PAULINA.

Mas no mi pecho.

MATILDE.

Empieza con su amor á complacerte.

PAULINA.

Antes elijo que su amor, la muerte.

MATILDE.

En las hermosas alas
De la pasión se acerca: su deseo
Ya viene á coronar el Himeneo.
¡Si tu padre viviera!

PAULINA.

Paulina entonces infeliz no fuera.

MATILDE.

Corre, dispon las galas,
Y déte el cielo venturoso fruto.

PAULINA.

Esas galas serán mi eterno luto. (Canta.)

Horror y luto eterno
Serán las negras galas
En quienes me señalas
Mi vil esclavitud.
Tu voz el hondo Averno
Por mi mansion indica,
Trifon, Trifon fabrica
Mi fúnebre ataúd.

Esquivarlos despues, mis glorias eran.
Mas luégo que Himeneo
A su coyunda mi cerviz atára,
Otro fué de mis horas el empleo,
Otra también mi vida.
De pródiga en avara
Mudéme, de vivaz en contenida.
¡Y qué, cuando á mis súplicas ardientes
El cielo apiadado,
Me concediera un hijo?
¡Ay! este regocijo,
¡Cuán súbito cambiado
Le noté por afañes diferentes!
El inquieto temor de malograrle,
El ansia de educarle,
Hacer que ni en costumbres ni carrera,
Modales ni doctrina,
De sus progenitores desdijera....
Si tú supieras, si supieras cuánto
Me cuestas, ¡oh Paulina!
Tú duermes descuidada,
De juego en juego vueta
Tu fantasía sin cesar; en tanto
Tu madre, acongojada,
Por tu ventura sin reposo vela.
Lo mismo vas á ser; desde este día
No vives para tí; para tu esposo,
Para tus hijos ¡oh Paulina! vives.
Ya es fuerza que abandones
Tus locos galanteos
Y á los amantes con rigor esquives.

PAULINA.

¿Cuáles son, por tu vida, mis pasiones
Y aquellos devaneos
Que con faz enojosa
A reprobar, ¡oh madre! comenzaste?

MATILDE.

Ese Guzman, Guzman, á quien tu pecho,
En demasta dócil, entregaste....
¡Inexperta!

PAULINA.

Me quiere por esposa
Y vive en mi palabra satisfecho.

MATILDE.

¡Palabra!

PAULINA.

Si.

MATILDE.

¿Qué has hecho?

Un rayo me confunda....
¡Oh madre desgraciada sin segunda!
¡De tus progenitores
Así degeneraste!
¡Así con pensamientos tan villanos
Los claros resplandores
De la casa mayor amancillaste!
¡Para esto fué vivir? ¡oh soberanos
Cielos! ¿para esto mi afañar continuo?
¡Para ver mi desdoro?
¡Así, crúel, así me recompensas
Cuidados tan acerbos, tan inmensas
Fatigas y el amor con que te adoro?
¡Mezclar la sangre mía
Con la de un militar no más que honrado,
A quien siguió la próspera fortuna
En la marcial porfía!

PAULINA.

Y ¿quién fué el primer rey? otro soldado,
Y soldado el primero que tu casa
Ennoblecio.

MATILDE.

¿Mi cuna
Podrá nunca poner en competencia?

PAULINA.

¿En la cuna? En las inclitas acciones
Y en la virtud está la diferencia.